

González-Urizar, Fernando. *Anima viva. Poemas teologales*. Santiago: Patris, 1998. 217 pp.*

Ernesto Livacic G.
Academia Chilena de la Lengua

Al recorrer el vasto patrimonio de la lírica en nuestro país llama poderosamente la atención la fuerte y recurrente presencia que en él muestra el tema religioso.

Miguel Arteche y Rodrigo Cánovas publicaron, hace algunos años, una *Antología de la poesía religiosa chilena* que alcanza las seiscientas páginas de formato mayor. Ella ofrece una vigorosa vertiente de creación de sustancia sacra en los ámbitos indígena y popular y en la así llamada poesía culta, sobre todo de la presente centuria, de modo más manifiesto hacia sus décadas finales.

En la práctica, no hay poetas chilenos de algún relieve que no hayan pulsado la lira religiosa. Baste ver, como selecta muestra, lo que ocurre con los cultores de este género creativo en el seno de nuestra Academia: el propio Miguel, Hugo, Alfonso, Oscar, Rosa, Matías, Delia, Juan Antonio, Armando, Joaquín, Fidel. Perdonen si por inadvertencia omito algún nombre.

Suscita, adicionalmente, un particular comentario el hecho de que no se advierta un fenómeno similar en nuestra narrativa y en nuestra dramaturgia.

Sin duda, por ser comparativamente menos objetiva y menos referencial en cuanto al mundo exterior, la lírica es más personal e íntima, se nutre más de las vivencias y de las inquietudes de hondura que de la ficción. Vibran en ella la confesión y el clamor *de profundis*. Más que anclarse en el mero presente, tiende su arco hacia el futuro, que es el tiempo de la acentuación del misterio. Conlleva más fuerza de proyecto que de registro. Es más hermana del ideal que del diagnóstico. Es más soñadora de mundos nuevos que evidenciadora de situaciones, más intuitiva que racional.

Pero eso no entraña, en modo alguno, que sea ahistórica. Además de existir una actitud innata de apertura a lo sobrenatural en todo ser humano, en nuestro caso hay un casi forzoso tributo a un contexto cultural originario que es de raíces remotas, en que se entrelazan la mentalidad de nuestros aborígenes, las huellas de la primera evangelización, la tradición popular barroca, independientemente de que se profese o no una adhesión a un determinado credo.

Sobre ese sustrato, más recientemente, en el ámbito mundial –y aquí también se asumen sus efectos–, el secularismo conceptual de la modernidad entra en crisis y se patentiza una recuperación universal de lo religioso como dimensión importante de la vida humana. En Chile se suman determinadas contingencias históricas que contribuyen a realzar el valor de lo religioso al oscurecerse el futuro y tambalearse las utopías.

* Disertación en la Academia Chilena de la Lengua, Santiago 31 de agosto de 1998.

Todo esto, que a primera vista podría parecer un tanto extraliterario, se hace en nuestros escritores sustancia del quehacer poético, por cierto bajo formas múltiples y complejas. Los distintos factores recordados inciden de manera diferente en cada creador, en simbiosis con su propia sensibilidad estética y con sus singulares experiencias vitales.

Hay desde la poesía religiosa que es proclamación de la propia fe hasta la que es expresión más vagamente numinosa pero no menos testimonial de una búsqueda: la búsqueda en pos de superar la precariedad existencial, de trazar un puente entre el abismo de la desesperanza y un predio, presentido más allá, que la ilumine y dé sentido a la existencia.

En mis últimos años como profesor en la Universidad Católica de Chile participé, junto con otros colegas, en el desarrollo de dos proyectos de investigación sobre el tema: el primero se refería al ingrediente religioso en cuatro poetas actuales de clara profesión cristiana o en proceso de conversión al cristianismo; el segundo, mucho más audaz, abarcaba a otros diez que no comparten esa posición, pero frente a cuya obra sustentábamos la hipótesis de que podía descubrirse "la fe de los que no tienen fe". Los estremecedores testimonios de los poetas estudiados, una vez que conocieron el resultado de nuestro trabajo, fueron no sólo confirmatorios sino impresionantes.

Quiero agregar que ambos estudios de ese grupo de investigadores fueron analizados por especialistas en teología, quienes ratificaron fundadamente la plena validez de las conclusiones alcanzadas.

Dentro del amplio marco recordado, es perfectamente lógico y factible el ir explorando y explicitando nuevas corroboraciones del hecho que estamos analizando.

Es lo que me ha sucedido al examinar el contenido del libro *Anima viva. Poemas teologales* de nuestro colega en esta Academia, Fernando González-Urizar, que me ha cabido el honor de prologar.

Contiene más de cien poemas en directa vinculación con nuestro tema, gran parte de los cuales han sido espigados de entre los textos de sus anteriores libros, a partir del primero, publicado hace cuarenta y un años. Es, pues, y esta es una primera nota que deseo destacar, obra de toda una vida, paladina expresión de que el tema religioso ha preocupado a nuestro autor a lo largo de toda su trayectoria lírica.

Al recorrerlo se aprecia sin dificultades su marcada impronta vivencial. Los poemas del libro brotan de muchas señeras experiencias y de estremecedoras interrogaciones personales. Es sin duda certero su título *Anima viva*.

Ese título, empero, se completa con la especificación *Poemas teologales*. Experiencias e inquietudes no se acotan en los predios interiores de quien las protagoniza, sino que se abren en procura de ese encuentro con un Absoluto que es de la esencia de lo religioso: una relación personal de la creatura precaria con el Dios infinito.

Lo teologal tiene como objeto directo a Dios, en la perspectiva de que todo le pertenece y con Él todo se relaciona.

Teologales, así lo aprendimos desde niños, se llaman las virtudes que a Él se refieren: la fe, la esperanza, el amor, tan inextricablemente ligadas entre sí. Son virtudes que suponen nuestra precariedad humildemente asumida. Para

San Pablo, en su "Epístola a los Hebreos", "la fe es la garantía de las cosas que se esperan, la prueba de aquellas que no se ven" (11, 1). No es, pues, una certeza de la que seamos dueños por nosotros mismos, sino asidero frente a riesgos de los que estamos conscientes, como el no ver, el no contar con garantías propias para la satisfacción de nuestros anhelos.

¿De dónde viene ese asidero, ese ver, ese hallar garantías, que no están en nosotros? De nuestra *re-lligio*, de nuestra ligazón con Alguien en quien nuestras limitaciones se disuelvan.

En su texto de *Teología Fundamental*, Heinrich Fries nos aclara que, aun en el lenguaje de todos los días, sin referirse de modo necesario a lo propiamente religioso, "la fe es primordialmente un acto de 'encuentro' y de confianza con una persona, que abarca inteligencia, voluntad y sentimiento en su unidad originaria" (25), es decir –acotaríamos nosotros–, que nos alumbraba, nos mueve y nos cambia.

La fe es un acto de entrega, en el que no nos alienamos sino que nos encontramos con nosotros mismos, por nuestra confianza en otro. Cuando se trata de fe religiosa, este otro se llama Dios. Fernando González-Urizar nos conduce por los terrenos de la precariedad consustancial al ser humano, precariedad que en sus versos se percibe intensamente sufrida, y desde ella traza el itinerario de un encuentro personal con ese otro, encuentro personal que tiene su más palmaria expresión al pasar del soliloquio de la precariedad al diálogo del encuentro.

Anima viva nos revela la conciencia despierta de un hombre que reflexiona sin retaceos sobre la complejidad y el sentido de la existencia, tras largo e intenso recorrido por ella.

Ese hombre es un poeta de verdad y, por lo mismo, lo hace con sensibilidad y con hondura, con agudezas y con perplejidades, en un orden y con unos acentos que no son los de la lógica masiva, sino los de la plurisignificación de su oficio, su brújula en pos de la claridad.

En uno de sus poemas, ese hombre se sitúa sobre un puente, y desde su altura mira pasar los años sumergidos en las aguas del río. Capta que todo pasa, que lo vivido se ha mudado, que ya está "desnudo de ropas y de sueños", que respira "soledad junto a la muerte que canta en la corriente fugitiva".

Esa escena me impresiona por su hondo dramatismo, y porque en esa perspectiva desde la edad madura, serena, opera como una fusión del sentido de todos los momentos del existir, una suerte de sincronía vital que la reviste de plena y permanente actualidad.

Nos atreveríamos a aseverar que los ciento y tantos textos de este libro constituyen igual número de miradas y reflexiones sobre la existencia, desde el puente de la conciencia y del silencio. Le parece urgente hacerlo, pues "Va de prisa el reloj de los ancianos" ("Treinta y seis años pesan en octubre").

Como es él mismo quien ha vivido ese tiempo que arrastra el río y no ha atinado antes a procurar calar en su sentido, se descubre sumergido en él y confundido en medio de su curso: "No sé quién soy hundido en estas aguas", nos confiesa en "Metamorfosis".

Busca la luz porque –en su noche oscura del alma– se siente privado de ella:

*No aguarden rosas de mi canto:
¡sólo un espejo de tinieblas!* ("Epístola o coloquio sombrío").

Sus poemas se llenan de interrogantes sin respuesta. En su angustia, remontará entonces las aguas, en procura de las voces del ayer que esclarezcan su ruta vital:

*Toco fondo en la noche y vuelvo atrás
hasta el pozo de sierpos y raíces ("Materia mágica").
Yo siembro de memorias la tiniebla ("Negro de cabellos y ventura").*

Sus recuerdos lo transportan –de aquí a allá– a su infancia en el sur, niño junto al bosque y al río, o viendo pasar el tren. Asoman en la evocación los rostros venerados: su padre, su madre. Se divisa de nuevo estudiante: en el seminario, en la universidad. Trabaja. Ama. Tiene amigos. Todo y todos se han ido ya –de una manera u otra–, al punto de que:

ocurre que no sé si lo viví o soñé ("Galope fantasma").

Se siente, pues, solo, sumido en la tristeza. *"Estoy cansado de llorar por lo que pasa"* ("Treinta y seis años pesan en octubre").

Entretanto, las aguas no cesan de fluir y, ya lo ha dicho, en cada instante lo acercan a la muerte:

*No me nací y me muero ("Epístola o coloquio sombrío").
Yo vivo con mi muerte,
... mi muerte vive en mí ("Antes de morir").*

Hasta aquí, el predominio del yo.

Surge entonces, poderoso, un clamor del pasado que le hace reconocer que, con todo, esa muerte no porta la destrucción y la nada:

Más allá de la muerte algo acaece ("No sé si gira el aire o soy el aro").

La fe de la infancia, los mensajes asimilados en sus visitas a lugares sacros, los sonos perdurables de solemnes músicas de otrora, reavivan en él –por sobre la cicatriz aún viva de viejos erotismos y pecados– la esperanza de que *Cuando llegue la noche será tu voz la que oiga* ("Cuando llegue la noche") y, en virtud de tal voz, *La eternidad tendrá sabor a Dios ...* ("Melancolía de noviembre").

Y, al amparo de ella, comprende que ha de entender su existencia entera en tal dirección:

La eternidad comienza a cada instante ("Epístola o coloquio sombrío").

Con reencendida luz, aprecia, entonces, *"la muerte que es vida"* ("Sonata para sombra y silencio"), y concluye que *"cuando todo muere, todo nace"* ("Sonata para laúd, voz y silencio").

Atisba, así, la plenitud:

*Vivir para morir no tiene brillo,
morir para vivir es hermosura ("Tiempo de aquí, tiempo de allá").
Sólo la eternidad me satisface (ibid.).*

Se siente, con todo, indigno (*Qué somos, Dios, qué somos*), pero a la vez llamado (*No sé si gira el aire o soy el aro*), y, confiado en ello, suplica con vehemencia:

¡No dejes que me extinga! ("Treinta años").

He entrado de lleno en el coloquio con el tú. Tránsito no siempre fácil ni tan desembarazado como pudiera darlo a entender la forzosa brevedad de nuestras palabras. Hay poemas que desde su encabezamiento mismo nos advierten sobre las vallas y arideces que cumple sortear, como aquel significativamente intitulado "El silencio de Dios".

En esta perspectiva, lo invade la serena comprensión de

*Que morir es soñar, y envejecer
una lenta congoja memoriosa ("Que calle el tiempo")*

Es desde la óptica de lo trascendente –en su caso, de lo teologal–, afincado como semidormido en remotas vivencias aparentemente pasajeras, como el poeta devela el sentido de lo contingente de la existencia y rescata su validez en planos de perennidad.

Este libro, la poesía en sazón de Fernando González-Urizar, siempre rítmica y eufónica –fiel a su característica depuración idiomática–, se inscribe en un marco de eternidad, como la vida misma. Aporta al concierto de la lírica nacional, donde la fibra religiosa es tan sólida y constante como veíamos, una visión y una sensibilidad que lo distingue entre muchos, y que tiene, entre otras virtudes, la de aproximarnos vitalmente al misterio y de arrancar de él una luz que nos comunica sus nítidos destellos.